

JAVIER JIMÉNEZ BELMONTE

DESENTIERRO



Macleín *y* Parker

Primera edición

Octubre de 2022

Del texto

© Javier Jiménez Belmonte, 2022

De la cubierta:

© María Verdugo Althöfer, 2022

www.mariaverdugoalthofer.com

De esta edición

© Macleín y Parker, 2022

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-125030-7-4

Depósito Legal: SE-1952-2022



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

*A mi hermano mayor, por los primeros libros
A mi hermana, por la historia, por todo lo demás*

El cerdo se tambalea, restriega nerviosamente las pezuñas contra el suelo enfangado del corral y se derrumba sobre sus patas exhalando un ronquido hondo y seco.

La siesta cochinería, se dice Yolanda desde la habitación, entretenida en buscar formas a las manchas de humedad que desde hace un par de días se expanden por el techo. Hoy hay caras donde ayer había nubes, un hilo verdinegro perfila bocas y narices, gestos congelados. Yolanda se esfuerza en leerlos, pero el cacareo de las gallinas que sube del corral la distrae y ya solo ve plumas, garras y picos. La abuela trastea abajo en la cocina, llena la cubeta de desperdicios y en un momento, se dice Yolanda, abrirá la puerta del corral para llenar el pilón.

Cuando la puerta se abre no se escucha el gruñido de todos los días ni el sonido pastoso de las sobras deslizándose por el metal. En su lugar, Yolanda escucha la cubeta retumbar contra el suelo, un revuelo violento de gallinas y un lamento sostenido que nunca ha escuchado antes y que la hace saltar de la cama y precipitarse a la ventana que da al corral, esperando que observar sea suficiente, que no tenga que vérselas con ninguna catástrofe que su

padre no sea capaz de aliviar con un simple chasquido de lengua cuando vuelva de la calle.

Antes de hacer o decir nada, Yolanda aplasta su nariz contra la malla metálica que cubre la ventana y observa. Ve al cerdo tumbado en el centro del corral. Ve a las gallinas picoteándole los ojos. Ve a la abuela espantándolas a manotazos, arrodillada junto al cerdo, protegiéndolo con su cuerpo sin mirar sus medias negras, su hábito de nazarena. Ve la cabeza de un pichón asomar por un hueco del palomar, apuntar sobre ella un ojo verde e inquisitivo, aguantarle la mirada, gritarle.

Corre y avisa a tu padre, le espeta la abuela desde el fango. Que se ha muerto el cerdo.

Yolanda baja a trompicones la escalera sin baranda y así como está, descalza, atraviesa la cocina y el comedor en dirección a la calle. Su hermano, a quien ni el ronquido del cerdo, ni los gritos de la abuela, ni el cacareo de las gallinas han logrado sacar de su embeleso en la mesa del comedor, parte en estampida detrás de ella llevándose en una mano la cartulina en la que acaba de pegotear un par de recortes sacados de una revista. Yolanda lo agarra del codo y, sin mirar atrás, lo remolca calle abajo.

Se da cuenta de que va descalza al pisar el aserrín mojado que cubre el suelo de la taberna. Ha llovido días, noches enteras. Es lo primero que le dice su padre. Por qué vas descalza. Lo ve descollar sobre las cabezas de los jugadores de dominó, acodado en la barra de azulejos blancos que

Yolanda considera eterna, igual que ese ambiente enrarecido de hombre y alúa, vino y colonia.

Se ha muerto el cerdo.

Comienza a masticar las palabras mientras avanza entre las mesas al repiqueteo de las fichas. Desconoce el tono, pero está segura de que hay uno exacto para aquella noticia y de que es imprescindible dar con él. La incómoda presencia del hermano, parapetado a sus espaldas, no la ayuda. Ya no es la mano, ahora es todo su vestido el que agarra con fuerza como queriéndoselo llevar a la boca, a los ojos.

Un manojo de zorzales cuelga del respaldar de una de las sillas. Yolanda los roza al pasar buscando, bajo las plumas frías, un pálpito entre los huesos. Algo irresistible, siente ella, una pulsión aprendida en los días de caza en los que Yolanda y su abuela pasan las tardes desplumando los pájaros que el padre vuelca sobre la mesa de la cocina. Irresistible como bajar las escaleras de dos en dos, lamer la cal de las paredes o pellizcar el brazo de su hermano hasta hacerlo llorar.

El jugador sostiene unos segundos su ficha en el aire, mira a Yolanda y baja la vista a sus pies desnudos. Por qué vas descalza, le dice.

La pregunta, que solo Yolanda alcanza a escuchar, se vuelve exclamación al tronar la ficha contra el mármol y jalear los compañeros de juego el final de la partida. El clamor sacude los zorzales y hace que su hermano tire con más fuerza hacia atrás de su vestido. El padre, desde la barra, vuelve la vista a los vítores de los jugadores y la ve abrirse paso entre las mesas, el vestido pegado al vientre,

descalza, la punta de los dedos de su mano izquierda hundida entre las plumas de un zorzal.

El tono la encuentra a ella. Yolanda se escucha más sabia, más miserable.

Se ha muerto el cerdo.

Es su voz pero distinta, desdoblada. Yolanda se siente lista para mentir a conciencia o para decir, como ha escuchado tantas veces gritar a su padre, verdades como puños.

El padre apura su vaso, apaga el cigarrillo y comienza a dirigirse con paso firme hacia la puerta de la taberna. En medio de los hombres, Yolanda vuelve a sentir el lastre de su hermano. Lo toma del brazo y lo arrastra tras ella por la estela de aserrín que desordenan las botas del padre. Ahora comenzará el llanto, se dice, pero lo único que escucha es su nueva voz, capaz de enmudecer a todos menos a sí misma.

Junto a la puerta de cristal cuatro jugadores dejan un instante la partida para señalar al padre con las miradas. No hace falta escuchar lo que dicen, piensa Yolanda. De todas las caras vueltas a la calle ella reconoce una, enmarcada en la ventanilla del sindicato y desaprobando mecánicamente todo lo que su padre argumenta del otro lado. Ella está allí sin entender, vigilando con un ojo la bolsa de los desperdicios e intentando descifrar con el otro el significado de aquella situación, de aquellos dos hombres que manotean, como pájaros, a un lado y otro de la ventanilla. Del marco izquierdo pende un bolígrafo y del derecho una almohadilla de tinta morada. Algunos, como

su padre, abandonan la ventanilla cabizbajos, malhumorados. Otros guardan las cartillas en el bolsillo de la camisa y salen del sindicato satisfechos, sin prisas por limpiarse la tinta del pulgar.

Yolanda considera escupir en esa cara, destrozarse de un manotazo las líneas caprichosas de la nueva partida.

El aserrín tarda un segundo en absorber su gargajo.

Su padre se pone en marcha del otro lado del cristal.

Yolanda lo ve regresar sobre sus pasos desde el rebate de la taberna del que no se atreve a bajar, consciente, de pronto, de sus pies descalzos, de los charcos que horadan la calzada. Su padre se agacha y, sin hablar, le ofrece la espalda. Ella suelta el brazo del hermano y obedece.

Desde arriba lo ve todavía más diminuto y frágil. Agárrete del vestido, le susurra. Él duda un instante, la mira fijamente como si el padre no existiera y se agarra con su mano derecha de un volante del vestido. Los hombres, parapetados tras las hileras blanquinegras de las fichas, los siguen con la mirada desde el interior de la taberna. También ellos se ven diminutos, piensa Yolanda, insignificantes.

Yolanda aspira el olor a tabaco y lavanda que desprende el chaquetón de su padre y se transporta en un segundo a las largas siestas del verano. Mientras todos duermen, ella descubre en silencio la cortina del armario y, aupándose en una silla, se desliza lentamente por el interior del chaquetón como si fuera un guante. Una vez dentro, trastea en silencio en sus bolsillos. Una aceituna arrugada. Una

moneda. Un pendiente. Un anillo. La mitad de un puro. La promesa del invierno. Yolanda recrea paisajes que conoce bien por los cuentos de la escuela. Árboles de vidrio y chimeneas encendidas. En una se calienta las manos. En otra arde la hojarasca. En otra crujen bellotas. De esos paseos sale exhausta, cubierta en sudor. Junto al chaquetón cuelgan un par de abrigo negros, dos paraguas del mismo color y una talega llena de lavanda seca en la que Yolanda ha escondido los dientes de leche de su hermano.

Su padre le pide que se le abraze al cuello y que apriete las piernas alrededor de su cintura. Luego saca su pañuelo, le limpia el aserrín de entre los dedos de los pies y se los mete con cuidado en los bolsillos calientes del chaquetón.

Yolanda no entiende por qué caminan en dirección contraria a la casa de la abuela, cuesta abajo, pero sí sabe que cuesta abajo, en lo más hondo del pueblo, frente al arroyo y la primera linde de olivos, está la casa, dicha así, como si fuera la única. Lo que sabe de esa casa lo sabe por otros. Que está lejos, que está cerrada, que no se vende. La casa interrumpe las conversaciones llenándolas de huecos. Cuando aparece, alguien calla, bebe de un vaso, se levanta a la cocina, va al corral, se despide. Depende de quién la diga, la casa imprime un aire distinto al silencio que la sigue. Si es la abuela, el silencio ocurre por accidente, sin premeditación, y tiende a ser breve y a cerrarse con un beso sonoro a la frente del hermano, que estará hundido en sus recortes, imagina Yolanda, ajeno al mundo, o con una invitación a que ella presuma ante todos de su caligrafía.